

Reseña de Ignacio ÁLVAREZ-OSSORIO e Ignacio GUTIÉRREZ DE TERÁN (2022): *Qatar. La perla del Golfo*, Península, Barcelona.

José ABU-TARBUSH

Universidad de La Laguna

josabu@ull.edu.es

<https://orcid.org/0000-0001-9062-1377>

Para citar este artículo: José ABU-TARBUSH (2022), “Reseña de Ignacio ÁLVAREZ-OSSORIO e Ignacio GUTIÉRREZ DE TERÁN (2022): *Qatar. La perla del Golfo*, Península, Barcelona en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 33, pp. 305-310.

Los profesores Ignacio Álvarez-Ossorio e Ignacio Gutiérrez de Terán escriben un texto a dúo, en el que abordan de manera ágil y rigurosa la complejidad de la política qatarí. Además de compartir la misma área de conocimiento, de Estudios Árabes e Islámicos, el primero como catedrático en la Universidad Complutense de Madrid (después de un importante periplo en la Universidad de Alicante) y el segundo como profesor titular en el histórico departamento de la Universidad Autónoma de Madrid, ambos profesores comparten también una dilatada trayectoria de investigación y publicación en dicha materia. Publicado por ediciones Península, el libro ha salido al mercado en el momento más oportuno, cuando el eco mediático de Qatar resuena por doquier como sede de la ‘Copa Mundial de Fútbol 2022’, rebasando así el tradicional circuito académico. Aunque el texto consta de cinco capítulos, aquí se ha considerado más pertinente comentarlo siguiendo dos grandes bloques, inexorablemente interrelacionados, como los relativos a su política exterior e interior.

Qatar es un país pequeño, pero con una proyección exterior más propia de una potencia regional o mediana. Quizás sea lo que más llama la atención, la dimensión del país y su resonancia mundial. Con apenas 11.521 kilómetros cuadrados y una población con

nacionalidad qatarí de 330.000 personas (el 12,5 por ciento de los cerca de 3 millones de sus habitantes), este minúsculo país del Golfo detenta una política exterior sobredimensionada, muy por encima de su condición de microestado. Las claves de este enigma parecen residir en una inteligente combinación de ingentes recursos energéticos, importante red de alianzas regionales e internacionales y una política exterior decididamente asertiva, con instrumentos afines a la era de información, asociada también a la de la imagen y el espectáculo.

A decir de los autores, todos estos elementos comparten un mismo objetivo: la supervivencia de un régimen dinástico y de un Estado (irremediablemente fusionados) en un entorno de alto interés geoestratégico, muy inestable y volátil, donde tradicionalmente han predominado los recelos y las rivalidades entre los diferentes actores estatales, desde pequeños Estados hasta potencias regionales y mundiales. Sin olvidar las interferencias de los actores transnacionales (energéticos, económicos, financieros, armamentísticos e, incluso, políticos e ideológicos), que resultan menos visibles, pero no menos importantes.

En un ejercicio constante de malabarismo político, no exento de riesgos considerables, Qatar ha vertebrado una de las políticas exteriores más dinámicas de la región que, unido a su eco mediático, ha suscitado algunas afinidades, pero también importantes controversias, recelos y rechazos. Consciente de sus propias debilidades y de las amenazas de su entorno, Doha ha sabido explotar estratégicamente sus fortalezas energéticas, además de las oportunidades ofrecidas por la globalización neoliberal y, de manera innovadora, por las nuevas tecnologías de la comunicación e información que, como sostienen los autores, usan a modo de *poder blando* para compensar la carencia de *poder duro*.

Sus ingentes recursos energéticos sitúan al país como el primer productor mundial de gas licuado, las terceras reservas mundiales de gas, con una extracción de bajos costes, que ha relegado a un lugar secundario su preliminar producción de petróleo. A raíz de la intervención de Rusia en Ucrania y la interrupción del suministro del gas ruso a Europa, este pequeño país del golfo Árabe-Pérsico ha visto redoblado su interés geoestratégico. Aunque sin capacidad para suplir el abastecimiento ruso a Europa, sobre todo por razones técnicas, el grueso de su producción energética (más del 75 por ciento) se destina a países asiáticos como Japón, India, China, Corea del Sur, Singapur y Pakistán. Un menor volumen es consumido en Europa por el Reino Unido, Italia y España.

Si bien en materia energética su política se rige por consideraciones relativas al mercado mundial de la energía, no menos importante son las geoestratégicas, por cuanto la seguridad y estabilidad en el suministro energético concierne tanto al emisor como al receptor. Esto ha permitido a Doha granjearse una importante red de países allegados que, sin necesariamente ser aliados, identifican a Qatar como un socio estratégico y fiable. Además, como señalan los autores, cuenta con uno de los fondos soberanos más importantes del mundo (Qatar Investment Authority), situado en el noveno puesto mundial con más de 450.000 millones de dólares, que ha permitido incrementar y diversificar sus inversiones en sectores estratégicos de la economía global: “infraestructuras, sanidad, automoción, banca, deportes y negocios inmobiliarios”.

Sin olvidar un tema estrella en su política exterior, la creación de la cadena *Al Jazeera* en 1996, que revolucionó el panorama informativo en el mundo árabe al introducir una pluralidad inexistente hasta entonces, ganando una importante audiencia (en sus mejores momentos llegó a rondar los 50 millones). No libre de críticas por la censura informativa sobre Qatar y el tratamiento de las revueltas antiautoritarias en los países del Golfo, la cadena inauguró una década después, en 2006, la versión internacional en inglés, *Al Jazeera English*, que se convirtió también en una importante referencia de su *soft power*.

A semejanza de otras petromonarquías del Golfo, Qatar se ubica en un entorno tendente a la inestabilidad y conflictividad, carente de un sistema de seguridad colectiva, garantizado por una potencia regional hegemónica o bien por una coalición de potencias regionales que cumplan esa misma función. La creación del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) en 1981, integrado por Arabia Saudí, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Omán y Qatar, parecía destinado a enfrentar esa vulnerabilidad ante las amenazas percibidas en su entorno: la revolución iraní en 1979, la invasión soviética de Afganistán a finales de ese mismo año y el estallido de la guerra entre Irak e Irán en 1980. Pero el CCG se mostró incapaz de garantizar la seguridad de sus Estados integrantes, como desveló la invasión iraquí de Kuwait en el verano de 1990.

En ese nuevo contexto, Estados Unidos redobló su presencia e influencia regional. Además de responder a las demandas de protección y seguridad de sus aliados, también reubicaba sus bazas estratégicas ante el declive y consiguiente desaparición de la Unión Soviética en un mundo de creciente momento e ilusión unipolar. El ascendente de Washington en la zona no era nuevo, desde la Segunda Guerra Mundial visibilizaba su gradual reemplazo del decimonónico poder británico en Oriente Medio. La novedad procedía ahora de la inexistencia de una potencia mundial rival como la soviética durante el período de la Guerra Fría. Fuera de su órbita de influencia en la región se ubicaban Irán e Irak, considerados entonces como Estados parias o canallas (*rogue states*), a los que Washington aplicó una política de doble contención.

En ese refuerzo de la alianza estadounidense, Washington y Doha sellaron un acuerdo de cooperación en defensa en 1992, que permitía a las fuerzas armadas estadounidenses utilizar las infraestructuras militares qataríes y, a su vez, Qatar veía garantizada su seguridad, al mismo tiempo que ganaba una creciente influencia y prestigio por su posición estratégica en el centro del Golfo. Desde entonces, a sólo 32 kilómetros de Doha, Al Udeid alberga la mayor y más importante base aérea de Estados Unidos en Oriente Medio y, también, el Cuartel General Avanzado del CENTCOM y el Centro de Operaciones Aéreas Combinadas, vital en las operaciones militares estadounidenses en Afganistán, Irak, Siria y otros tantos países.

Pero esta estrecha alianza no ha evitado algunos desencuentros y fricciones entre ambos países, derivadas de diferentes situaciones y percepciones en la identificación de intereses y amenazas regionales. En este ámbito, se entrecruzan las perspectivas más

globales de la superpotencia con las más regionales de los actores locales. Más allá de las reservas o discrepancias con la intervención anglo-estadunidense en Irak (2003), otras dinámicas exteriores de Qatar no se esbozan como impensable desafío a Washington. Por el contrario, consideran los profesores Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán, la política exterior qatarí no puede ser comprendida sin esas claves, de reafirmación nacional y autonomía ante las pretendidas relaciones de tutela, dependencia y hegemonía de Arabia Saudí.

A raíz de las revueltas antiautoritarias árabes y su consiguiente represión (2010-2011), el panorama regional se adentró en un incesante torbellino de crisis, inestabilidad y conflictividad, en el que salieron a relucir, entre otras, las contradicciones y tensiones acumuladas entre Doha y Riad. El punto culminante de la tensión fue el bloqueo impuesto a Qatar por Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Bahréin y Egipto, unido a la connivencia de la administración Trump. Además de acusar a Qatar de apoyar el terrorismo y desestabilizar a los países del Golfo, exigían que Doha depusiera su política de acercamiento a Teherán, cerrara la base militar turca en el país, cesara sus relaciones con el islam político representado por los Hermanos Musulmanes en la región (Túnez, Egipto, Libia, Siria y Franja de Gaza) y clausurara la cadena Al Jazeera, entre otros requerimientos.

Ninguna de las exigencias impuestas a Doha se cumplió, más allá de que la cadena qatarí Al Jazeera redujera las críticas a sus vecinos del Golfo. Lejos de conseguir su objetivo, como señalan los autores, Qatar salió refortalecido después de más de tres años de sufrir el embargo, entre 2017 y 2021. Paradójicamente, su acercamiento a Irán y alianza con Turquía eran una fuente de descontento para algunos gobiernos de la región, pero ambos países también contribuyeron a sortear el bloqueo o al menos aligerarlo mediante la intensificación de las relaciones con Qatar.

Su alineamiento con Washington tampoco ha impedido que diversifique y ramifique su acción exterior, extendida también a Rusia y China. Después de Bahréin y Kuwait, Qatar fue oficialmente designado por Estados Unidos como Aliado Principal No OTAN en enero de 2022. Su rol de mediación en los conflictos regionales, pese a su escaso éxito, también salió fortalecido. Doha había mediado entre Washington y los talibanes para la retirada de las fuerzas estadounidenses de Afganistán. Todo indicaba que, además de su alianza estratégica, sus lazos e implicaciones socioculturales en la región situaban a Qatar como mediador en situaciones de conflicto y ante ciertos adversarios. En síntesis, podría concluirse que la política exterior qatarí, empeñada en diversificar sus relaciones para lograr una mayor autonomía, reafirmación nacional y contrapesar su debilidad, no parecía estar desencaminada del todo, pese a sus obvias contradicciones y riesgos.

Respecto a su política interior, Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán destacan los intensos cambios registrados en el país en el curso de unas tres generaciones. Su economía tradicional, basada en el buceo de la perla, ganadería y comercio a pequeña escala, experimentó una insólita revolución, convirtiéndose en unas pocas décadas en un auténtico “emporio económico, comercial y empresarial”, con un PIB per cápita de 64.470 dólares en 2022. Su inusitado crecimiento y modernización ha transformado su paisaje urbano, en particular su capital, Doha, donde se concentra el grueso de su

población. En medio de esa acelerada transformación, se intenta recuperar los vestigios de su pasada vida tradicional, su patrimonio “cultural y arquitectónico” y, en suma, mantener vivas las señas de identidad de una sociedad con normas y valores todavía muy “tradicionales y conservadores”.

Si bien el conjunto de esos cambios ha impactado indudablemente en la estructura social qatarí, con una evidente movilidad ascendente, no menos cierto es que dicha movilidad a lo largo de esa estratificación social depende en buena medida, según los autores, de la pertenencia a una determinada tribu u otra, debido al peso que posee el factor tribal en la sociedad qatarí. En la cúspide de esa estructura se encuentra la dinastía Al Thani que, por su prestigio y riqueza, pero también por su alianza con otras tribus, se hizo con el poder en el transcurso de finales del siglo XIX y principios del XX, granjeándose también el valioso reconocimiento británico.

Desde entonces, pese al carácter autoritario de la monarquía, los Al Thani han sabido cooptar al grueso de las elites políticas, económicas y religiosas (entiéndase ideológicas, en este último caso) del país. De hecho, como señalan los autores, si en 1971 en torno al 70 por ciento de sus miembros ocupaban las parcelas de poder, en 2022 su número se ha reducido al 20 por ciento. El reparto de cuotas de poder, riqueza y estatus forma parte de ese ejercicio de cooptación en aras de granjearse la alianza mayoritaria de las tribus y, así, garantizar la estabilidad y paz social.

Si al principio se aludía a las claves explicativas de cómo un país tan pequeño como Qatar poseía una política exterior de un país grande, cabe igualmente interrogarse cómo este micro-Estado, con una monarquía autoritaria, que posee una enorme riqueza y ha experimentado un intenso proceso de modernización durante las últimas décadas, no ha registrado las turbulencias sociales y políticas de otros países del entorno, incluso en momentos críticos como el ciclo de protestas antiautoritarias de 2010-2011.

Los profesores Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán aportan varios factores que explican ese inmovilismo político y, por otro parte, no terminan de advertir una demanda significativa de apertura y democratización del régimen qatarí. Además de la citada configuración tribal de la sociedad qatarí y de la coalición que lideran los Al Thani, destacan también la mencionada riqueza del país y su “parcial reparto”, en una clara muestra de clientelismo político. Esto es, de pacto social tácito en el que el Estado garantiza o subvenciona algunos bienes básicos (educación, sanidad, vivienda, exención de impuestos, etc.) a cambio de no exigir representación ni participación política. Entienden los autores que esta dinámica es reforzada por algunas instituciones sociales, fuertemente arraigadas en la tradición del país e integrada por los líderes tribales, como los *machlis*. Su función de parlamento, de deliberación, negociación, mediación y resolución de conflictos, además de toma de “decisiones de manera consensuada”, contribuye al mantenimiento de la estabilidad y, no menos, a la reproducción de la estratificación política, social y económica.

Otro factor no menos relevante que señalan es el demográfico, de una pequeña población de nacionalidad qatarí ante una población mayoritariamente extranjera (de trabajadores, sobre todo), a lo que se suma su cohesión social por la homogeneidad étnica y confesional, sin ninguna fragmentación significativa como en otros países del entorno, donde se ha retroalimentado el sectarismo tanto deliberada como inadvertidamente. En esta misma línea, apuntan la religión como sistema de creencias que refuerza el orden social y político dominante, con la hegemonía de sus normas y valores. Más controvertido es que la señalada ausencia de una tradición democrática por los autores explique la paz social o la inexistencia de una demanda de apertura política y democratización. Por lo general, en los regímenes autoritarios, donde no se ha conocido ninguna experiencia democratizadora, la carencia de una cultura o tradición democrática no ha excluido su reivindicación.

Por último, los profesores de la UCM y de la UAM dedican un capítulo a la Copa Mundial de Fútbol y las polémicas asociadas a la elección Qatar como país anfitrión, que pone de relieve la instrumentalización política de los eventos deportivos con resonancias globales. Una práctica común a otros países del Golfo, sin detentar por ello la exclusiva de usar esos acontecimientos u otros similares para intentar lavar o dulcificar su imagen exterior. Por el contrario, es una experiencia muy conocida en las relaciones internacionales. Sólo basta recordar algunos ejemplos, como el boicot a las olimpiadas de Moscú en 1980 debido a la invasión soviética de Afganistán en el periodo que se denominó como Segunda Guerra Fría; o bien, más recientemente, las críticas a China y al Comité Olímpico por la organización de las Olimpiadas de Invierno 'Beijing 2022'. En síntesis, los principales reproches a Qatar se resumen en irregularidades y sobornos para su elección por la FIFA, unido a la violación de los derechos humanos, en particular, respecto a los trabajadores extranjeros y sus penosas condiciones de contratación, trabajo y remuneración.

Como señalan Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán, la celebración de la Copa Mundial de Fútbol es una espada de doble filo: por un lado, otorga la buscada proyección internacional de Qatar; y, por otro, sitúa al país bajo los focos de la atención internacional. Consideran que la visión que se extraerá del país dependerá en buena medida de los parámetros por los que se mida. Si es por el de los países de su entorno, Qatar no saldría mal parado del todo, por cuanto es una monarquía autoritaria, sin duda alguna. Pero, como afirman los autores, no un Estado policial y represivo como otros Estados vecinos. Por el contrario, si se mide por raseros occidentales, la imagen de Qatar será deficiente en materia de derechos y libertades.

Finalmente, cabe preguntarse ¿hasta cuándo podrá prolongar este pequeño e importante país esa combinación entre una arcaica estructura política piramidal y autoritaria, de un lado, y una acelerada modernización económica y social, de otro? ¿En qué medida los cambios sociales, aparentemente imperceptibles, como los derivados de la creciente incorporación de más de la mitad de las mujeres qataríes al espacio público (estudio y trabajo), implicarán a la larga cambios generacionales en las pautas de autoridad familiar, social, económica y, en definitiva, política?